

Teoría de la risa desde el punto de vista de Schopenhauer

Dra. Ma. de la Luz Montes Castillo

Rememorar la teoría de la risa en el editorial tiene como objetivo encontrar la interacción entre el conocimiento médico y filosófico por lo que se plantea la teoría de la risa desde la concepción de Schopenhauer

La causa de lo risible está siempre en la subsunción o inclusión paradójica, y por tanto inesperada, de una cosa en un concepto que no le corresponde, y la risa indica que de repente se advierte la incongruencia, entre dicho concepto y la cosa pensada, es decir, entre la abstracción y la intuición. Cuando mayor sea esa incompatibilidad y más inesperada en la concepción del que ríe, tanto más violenta será la risa. Por consiguiente, para producir la risa se necesita siempre un concepto y una cosa particular, un objeto o acto que pueda ser incluida en él y representado por él, pero que bajo otro aspecto más importante no entre en él y difiere de modo sorprendente de todo lo que ordinariamente se incluyen en tal concepto. En los chistes no se trata de un objeto intuitivo o real, sino de un concepto específico subordinado a otro superior o genérico, y sin embargo, se produce la risa porque la imaginación lo realiza, es decir, los sustituye con una representación visible, surgiendo entonces la divergencia entre el concepto y la intuición. Para darse cuenta exacta de ello se puede reducir lo que excita la risa a un silogismo de la primera clase, con una mayor incontestable y una menor inesperada y deslizada como subrepticamente, de esta unión resulta la conclusión risible.

Pero las ideas cuya incongruencia con la intuición provoca nuestra risa pueden ser de otros o nuestras. En el primer caso nos reímos a costa del prójimo, en el segundo experimentamos cierta sorpresa a menudo agradable, pero por menos divertida. Los niños y las personas ignorantes se ríen de todo, a menudo de una contrariedad, siempre que sea inesperada y se demuestre que su idea preconcebida era errónea. De ordinario, la risa es un estado placentero, la percepción de la incongruencia entre lo pensado y lo intuitivo es decir, la realidad, nos causa alegría y nos entregamos gustosos al espasmo nervioso que este descubrimiento produce. La razón es la siguiente: en la contienda entre la in-

tuición y el pensamiento, aquélla aparece siempre vencedora porque no está sujeta a error, ni tiene necesidad de que algo extraño a ella la justifique porque ella aboga por sí misma. Si profundizamos en este análisis, veremos que el conflicto procede de que el pensamiento no puede abarcar todos los infinitos matices de la realidad. La victoria del conocimiento intuitivo sobre el pensamiento abstracto nos gusta porque la intuición es la forma natural del conocimiento inseparable de la naturaleza animal, y en el cual se nos ofrece todo lo que puede ser objeto de la voluntad, es el intermediario de lo actual del goce y la alegría más no exigen ningún esfuerzo. Pero con el pensamiento ocurre lo contrario. El pensamiento es el conocimiento elevado a la segunda potencia y siempre requiere algún esfuerzo, a veces considerable, además es el conocimiento en el que las nociones se oponen a nuestros deseos inmediatos, pues como intermediario, del pasado, de lo futuro y de las graves decisiones los conceptos son el vehículo de nuestros temores, de nuestros arrepentimientos y de nuestras inquietudes. Por consiguiente, ha de sernos grato ver de cuando en cuando cogida *in fraganti* y acusada de deficiente a la razón, ese domine severo, perpetuo y molesto. Por esto la risa está emparentada estrechamente con la alegría.

La risa es, pues, un privilegio y una nota característica del hombre. Lo contrario de la risa y de la broma es lo serio. Consiste en la conciencia de la conformidad entre el pensamiento y la realidad. El hombre serio está convencido de que piensa las cosas tales como son y de que son tales como él las piensa. Por esto es muy fácil el tránsito de lo grave a lo ridículo y puede ser provocado por cualquier detalle insignificante. Cuanto más perfecta es la identidad que se admite en serio, más fácilmente se desvanece por la menor contradicción. Por eso cuanto más serio es un hombre, tanto más cordialmente es capaz de reír. Las personas mediocres, intelectual y moralmente hablando, suele tener una risa forzada y falsa. Podríamos decir en general que la manera como ríe una persona y las cosas que le hacen reír son indicios seguros de su carácter.

Cuando hablamos en serio, nos ofende que los demás se rían, porque la risa significa que encuentran una gran incongruencia entre nuestro pensamiento y la realidad. Por eso el adjetivo *ridículo* es ofensivo.

Lo risible buscado deliberadamente, se llama broma y tiende a provocar un desacuerdo entre la realidad y los pensamientos de una persona, sacando de su quicio uno de los dos términos. Por el contrario, lo *serio* consiste en la conformidad entre estos dos elementos. Cuando la broma se oculta

tras lo serio nace la ironía, como si aparentando hablar en serio fingimos aprobar compartir las opiniones de otro que en realidad son contrarias a las nuestras, de suerte que al final queda desconcertado tanto por lo que toca a nuestro modo de ver al suyo.

Lo contrario de la ironía es lo serio oculto tras la broma, y a esto llaman los ingleses humor. Podría decirse que es el doble contrapunto de la ironía. El humorismo es siempre la expresión poética o artística de algún hecho cómico grotesco.

